

Antología de la seda y el hierro

Antonio Pereira

Colec. Provincia. Institución de Fray Bernardino de Sahagún León, 1986

Florencio Martínez Ruiz

Antonio Pereira es un poeta que nos cuenta siempre el mismo libro. Algo de esto señalaba Miguel Dolç en un prólogo muy importante de hace unos años. Y es así porque en cada poemario, junto a su «vis» lírica, el poeta villafranquino se trasvasa en toda su franca bonhomía, en su clara efusión lírica. Pereira es poeta por dentro, pero gusta de poner como telón de fondo, no digo que «Una ventana a la carretera», pero sí los enterizos paisajes del León celta, del León entrañable. Por Antonio Pereira eso le apasiona el «Dibujo de figura», pero también «Contar y seguir» por el «Monte y los caminos».

Con este pequeño trabalenguas de sus títulos es posible tejer un tresbolillo de elementos. Nos sirve para aproximarnos a sus sistemas imaginísticos, siempre que salvemos lo que es juego de palabras. En este «memorándum» de su obra poética «Antología de la seda y el hierro» parece hacernos un guiño desde el título. El guiño es obvio. Entre la berza de un realismo peleón y el sándalo de una espiritación inane, se convierte en un peregrino de la belleza. Así de simple, así de sencillo. El poeta es de una tierra hermosa -fría pero hermosa- y los ojos se le han hecho grandes de tanto mirarla, al extremo que no le basta y extiende su mirada por el mundo.

Antología son todas las estaciones de su amor y aquellas otras que una vida de peregrino enamorado le ha permitido vivir y visitar. Hay aquí poemas de todos sus libros, «El regreso», publicado en 1964 en la colección Adonais, un buen libro que alcanzó para el autor una expectativa de lírico sensible. También aparecen piezas de «Cancionero de Sagres», notas de andar y ver, de precisa y exacta asonancia. Es, en cualquier caso, la revelación de «Dibujo de figura», publicado en El Bardo, en 1972, cuando la imantación leonesa del poeta se hace encarnadura. No es Pereira un poeta de ruptura o revolucionario o experimental. Pero sería un espejismo confundir su serenidad, cuasi clásica, con el formalismo al uso. Y si de la forma pasamos al contenido, la efusividad no es nunca ternurismo fácil o nostalgia esquemática.

Y, sin embargo, todo lo que el hombre tiene de comunicable, de solidaridad fraterna, de afirmación de las raíces familiares cuenta en su poesía con un caudal irrestañable.

Por eso lo que guarda relación de proximidad con esas raíces -mieses, pastores, vecinos, soles, caminos, etcétera- machadianamente se instala en su corazón. La armonía entre el mundo entrañable de los sentimientos y el cálido calado expresivo es la nota definitoria e identificable que en ocasiones -y no obstante, su moderada y apacible expresión nos sacude con un desgarró patético.

En principio, caracterizar la atmósfera de su universo lírico, oreado por el aire de los páramos leoneses, -el lector puede pensar que, logros y ambiciones aparte, apenas existen distonías entre el León de Colinas y el León de Pereira -está al alcance de cualquiera. No así, el de atisbar en su escritura y finura del término, la depuración del estilo la elegancia que lo inunda todo de una cordialidad «made in» Pereira. Suele escapar a lectores poco atentos una maestría latente una selección de tiempos y lugares en la simbología que en ocasiones se carga de una tierna y antropológica carga, que su apelación a la nostalgia y al recuerdo no conseguirán disolver.

Desde hace muchos años, Antonio Pereira ha cambiado la seda de la poesía por el percal de una narrativa en la que ha cosechado triunfos en relatos como «El ingeniero Balboa y otras historias civiles» y en la novela «País de los Losadas». Hay que esperar, líricamente hablando, las reflexiones del patriarca en el otoño dorado de los días. Hasta entonces su obra poética está coja, porque la human dad del poeta reclama un último estadio, un postrero poema de la consumación. Eso es al menos, lo que esta lectura magníficamente articulada de la «Antología» revela: un fluido personal, un reconcomio de experiencias que sin duda pide sitio en el alma.

Es, además, el tramo final de una espiral poética que nos hace volver la vista atrás en cada lectura. Conocidos estos poemarios en el momento de su aparición, diríamos que su virtualidad ha crecido. Nos conforta la relectura de «El regreso» -libro del silbo de afirmación de la aldea-; «Del monte y los caminos» remite al pasado en la circunstancia familiar, con poemas de una versatilidad enriquecedora; en «Cancionero de Sagres» un aparente libro menor, es acaso donde punzada desgarradora es más directa. Y la levitación de las ciudades más intensa. Todo lo que luego pasara a «Dibujo de figura» por un tamizado de añoranza y de fe en el porvenir, con poemas de ambicioso lirismo narrativo.

Excelente lírico Pereira. Con una nota más grata todavía. Es de esos juglares de los que se recuerdan los poemas: «Fiesta en Moscú», «Cementerio de Évora», «Mi muerte la sabré», «Lo digo por Antonio G. de Lama «Elección de la amada», «Pablo, creciendo «Desnudo sobre raso», «De un retrato de Orlando Pelayo», «Los hombres de mi casa»... y aún alguno como «Mozos del 42»y otro que no aparecen en este florilegio. Un tiempo tan patético como mágico queda apresado por el hilo de esta cometa evocativa que el en suma, la lírica pereriana.